

y la llama voraz que arde en mi pecho
quiero dar á sus labios seductores,
y en el lenguaje humano
acentos y palabras busco en vano;

Cuando capaz se siente el alma mía
de dar con un suspiro vida al mundo,
y mi altivez al tiempo desafia,
y mi ambición el ámbito profundo
llena del ancho cielo,
que aún no es bastante á contener su anhelo;

Sólo tu nombre, ¡oh Dios!, mi ansiedad calma.
¿Es que ese nombre sin igual responde
á la infinita aspiración del alma,
ó es que el afán que el corazón esconde
es tan sólo, ¡Dios mío!,
eco de tu grandeza y poderío?

No lo sé; mas tu nombre mi sér llena;
del palpitante pecho surgir quiere,
y cuando la ventura me enajena,
cuando el dolor me hiere,
brotó, con un gemido,
grito del alma, al labio conmovido.

EL RUISEÑOR

Cuando en las noches que el abril serena,
cantor alado de mis tristes horas,
tu celeste preludio dulce suena,
que yo te escucho embebecido ignoras.

Ignoras que suspensa el alma mía
de los trinos que das al aura vaga,
en el vivo raudal de su armonía
entre los verdes árboles se embriaga.

Ignoras que del pecho el soplo leve
retiene mudo el labio estremecido;
que á hollar mi planta incierta no se atreve
el blando césped, á mis pies mullido.

Ignoras, ruiñeñor, que otro poeta,
cuya cítara envidia tu garganta,
en la nocturna soledad secreta
tu voz escucha, que á la selva encanta.

Tú, si inclina la taz sobre azul cumbre,
para escucharte, la muriente luna,
vuelas de rama en rama, y de su lumbre
huyes la claridad, que te importuna.

Y si el arroyo que rompió jugando
de blancas guijas la ligera valla,
entre ellas corre con murmurio blando,
tu canto tiembla interrumpido y calla.

No es digno de escuchar el bajo mundo
tu voz, que inspira admiración ó encanto,
y un instinto hay en ti, tierno y profundo,
que eleva á Dios las notas de tu canto.

Y así tu arpegio melodioso encierra,
y por eso nos da gratos consuelos,
el rumor más sonoro de la tierra
y el suspiro más dulce de los cielos.

Tu voz, cuyo sentido quizá ignoras,
es voz de los azules horizontes,
voz de las verdes ramas cimbradoras,
voz del valle dormido entre los montes.

Notas, á tus gorjeos y suspiros,
dan el estruendo del raudal sonante,
el céfiro que vuela en leves giros,
el eco, do la voz muere distante;

El rumor argentino de la fuente,
que filtra su raudal en blancas perlas,
y rizando la linfa transparente,
gota á gota en su taza va á verterlas;

La queja que murmura entre las frondas
el viento, si en los árboles desmaya;
el prolongado beso de las ondas
que mueren en la arena de la playa;

Y de esos sonos al diverso hechizo,
dando del ritmo el celestial concanto,
la voz, canoro ruisenior, Dios hizo
con la que habla la tierra al firmamento.

Los plácidos misterios del ocaso,
el dulce halago de la noche clara,
la flor que tierna dobla el frágil vaso,
como incensario que perfuma el ara;

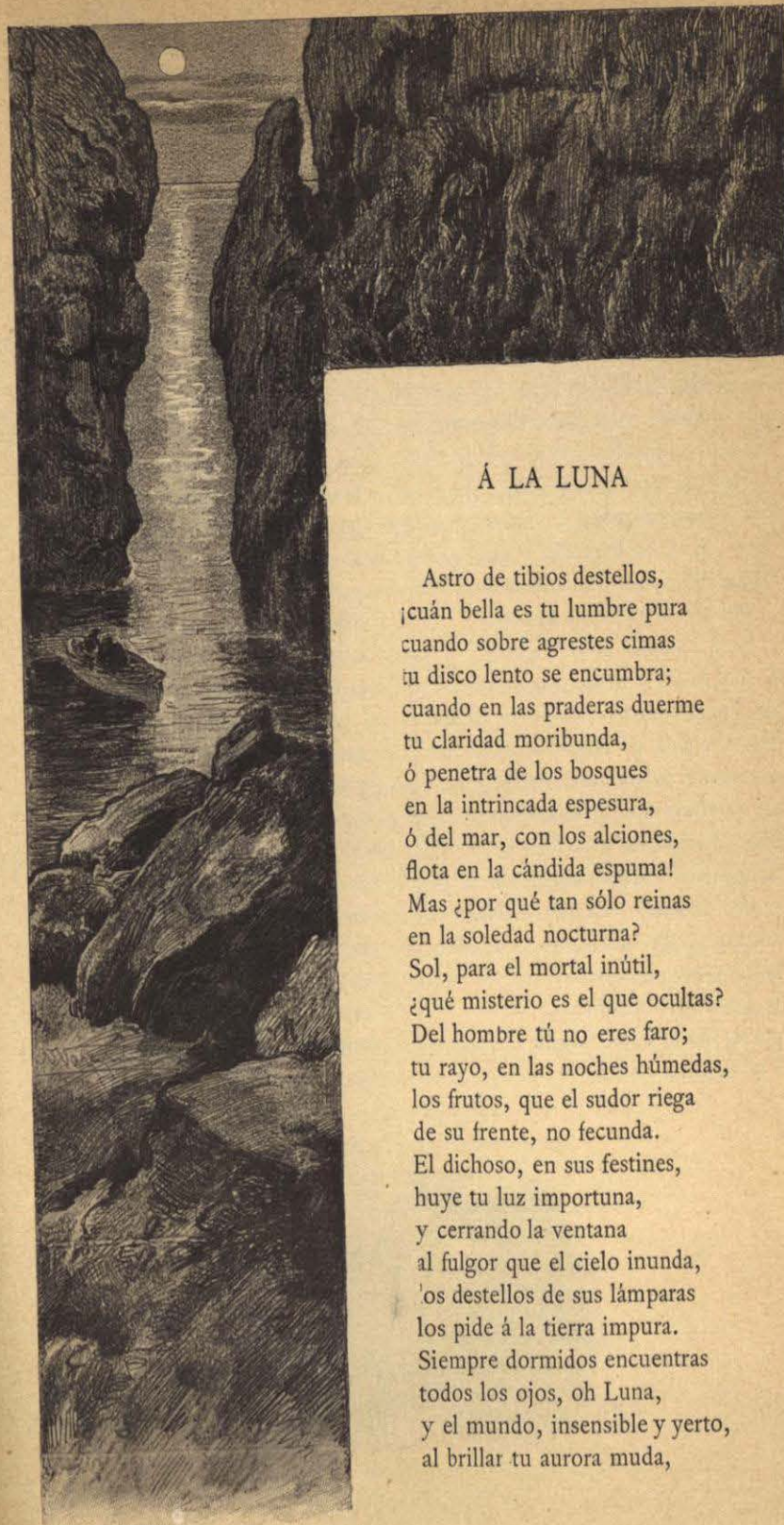
La hoja que baña el lloro del rocío,
el que exhala la selva húmedo aliento,
eran sobrado bellos, oh Dios mío,
para no darles Vos vida y acento.

Y ese acento de grata melodía,
que el ángel oye, y para mí resuena,
ese suspiro de la noche pia,
es tu armonioso canto, Filomena.

¡Une, pues, á mi voz tu voz sonora!
El vuelo juntas á los cielos tienden,
mas cuando el ala baten voladora
mejor tus trinos las alturas hienden.

Pues son eco del mundo, que á Dios canta,
suspiro del amor que en él impera,
himno nocturno que feliz levanta
al eterno Creador la primavera.

Y en nuestra voz, cuyo cansado acento
la majestad ofende de su culto,
sólo del corazón vibra el lamento
revelando el dolor en él oculto.



À LA LUNA

Astro de tibios destellos,
¡cuán bella es tu lumbrera pura
cuando sobre agrestes cimas
tu disco lento se encumbra;
cuando en las praderas duerme
tu claridad moribunda,
ó penetra de los bosques
en la intrincada espesura,
ó del mar, con los alciones,
flota en la cándida espuma!
Mas ¿por qué tan sólo reinas
en la soledad nocturna?
Sol, para el mortal inútil,
¿qué misterio es el que ocultas?
Del hombre tú no eres faro;
tu rayo, en las noches húmedas,
los frutos, que el sudor riega
de su frente, no fecunda.
El dichoso, en sus festines,
huye tu luz importuna,
y cerrando la ventana
al fulgor que el cielo inunda,
los destellos de sus lámparas
los pide á la tierra impura.
Siempre dormidos encuentras
todos los ojos, oh Luna,
y el mundo, insensible y yerto,
al brillar tu aurora muda,

es cual las que tú prefieres
tristes y calladas tumbas.

De los extendidos cielos
en la espléndida llanura
tu carrera silenciosa
no sigue mirada alguna,
como el marinero errante
batido por olas bruscas,
que ve la cercana orilla
velada por densas brumas,
no te pida un limpio rayo
que alumbré en la playa oscura
la cabaña, donde cuenta
las tardas horas la angustia;
ó los ojos soñadores
clave en tu faz taciturna
quien de un quimérico mundo,
como yo, la antorcha busca.

Si al corazón no le engaña
la que inspiras magia augusta,
sólo para nuestros ojos,
astro de paz, no fulguras.
Cuando el universo envuelven
las sombras del sueño turbias,
en el mundo del espíritu,
divino fanal, alumbras
el mar inmenso, en que el alma
boga sin remo ni brújula.
A la mente pensadora
tu dulce rayo estimula,
y á su luz el vuelo tiende
á las celestes alturas.



Tú la extensión infinita
le muestras de la alta cúpula,
y eres, lámpara suspensa
entre Dios y la criatura,
como aquella prodigiosa
y providencial columna
que le marcó en el desierto
al pueblo santo la ruta.

Y de prodigio en prodigio
el alma que amor impulsa,
hiende el azul firmamento
hasta aquella región última,
en donde el Sér cuyo nombre
no comprende el hombre nunca,
por más que en letras de fuego
soles y estrellas lo anuncian,
para amortiguar los rayos
que á los querubes deslumbran
en torno suyo, á millares,
constelaciones agrupa.

Arde ante el divino solio
astro de paz y ternura,
y si la luz á ver llegas
de quien te presta la tuya,
dile que en orbe lejano,
al que las tinieblas mustias
disipa en la noche lóbrega
tu claridad oportuna,
hay un sér, átomo leve
en la inmensidad profunda,
que contemplándole absorto,
su santo nombre pronuncia.

EL CRUCIFIJO

De su labio expirante,
sumida el alma en aficción profunda,
te recogí convulso y delirante,
signo dos veces para mí sagrado:
don de una diestra amada y moribunda,
imagen de mi Dios crucificado.
Tus pies, que humilde adoro,
¡cuántas veces regó mi amargo lloro,
desde el momento cruel, nunca olvidado,
en que ya inútil en las manos frías
de aquella mártir, que por siempre admiro,
trémulas estrechábante las mias,
aún empapado en su último suspiro!

Con lánguido desmayo
despedían los fúnebres blandones
de su muriente luz el postrer rayo;
el sacerdote, con piadoso acento
recitaba las santas oraciones
de són tan dulce, y apacible, y lento,
cual la canción del maternal cariño
que adormece en la cuna al débil niño.
En su pálida frente, siempre hermosa,
la esperanza brillaba luminosa;
y á la belleza de su rostro inerte,
el dolor fugitivo
le daba melancólico atractivo,
y soberana majestad la muerte.
Ondulaba su suelta cabellera
robando ó descubriendo á mi deseo
su idolatrada faz, aún hechicera,
cual sombra de un ciprés que obscureciera
un blanco mausoleo.
Un brazo, inanimado,
inmóvil; sobre el lecho reposaba;
el otro, blandamente replegado
sobre el exhausto pecho moribundo,
por llevar á los labios se esforzaba
la efigie, que ella sin cesar besaba,
del Redentor del mundo.

¡En aquel beso, de ávidos anhelos,
voló su alma á los cielos!
Así, cuando consume
el incienso la llama abrasadora,
antes de que lo inflame, su perfume
se desprende sutil y se evapora.

Muda estaba su boca, y sin aliento;
no daban ya pausado movimiento
á su seno los últimos latidos;
y extinguida la luz de sus miradas,
velaban sus pupilas apagadas
los párpados caídos.
Abriendo yo los espantados ojos,
por secreto pavor opresa el alma,
inmóvil contemplaba los despojos
de aquel sér adorado,
cual si la muerte, con su augusta calma,
lo hubiera para mí santificado.
El sacerdote comprendió mi anhelo;
con amoroso celo
arrancó de su diestra el Crucifijo,
y con voz de apacible bienandanza:
—«¡Juntos mira el recuerdo y la esperanza!
¡Para ti son!,» me dijo.

¡Siempre te guardaré, triste legado!
El árbol que mis manos han plantado
junto á su tumba fría,
siete veces las hojas ha cambiado,
y en ti clavo los ojos todavía.
Sobre mi pobre corazón herido,
guardado noche y día,
tú lo libraste del traidor olvido;
y en amargas querellas,
imprimieron mis lágrimas sus huellas
en tu duro marfil reblandecido.
¡Último confidente de su vida!
¡Ven sobre el corazón! Di, ¿qué te hablaba
cuando su débil voz casi extinguida
tan sólo á ti llegaba?
En esa hora dudosa,
cuando invade la noche tenebrosa
el alma, que con ella en vano lucha,

y cediendo á la muerte que la acosa,
ya los adioses últimos no escucha,
y cual fruto en la rama ya maduro,
que desprende el más leve movimiento,
tiembla á cada latido, á cada aliento,
sobre el abismo obscuro
suspendida de un hilo mal seguro;
cuando lloros, ni cantos, ni oraciones,
despiertan nuestro espíritu dormido,
¡dispensador de los celestes dones!,
¿qué nos dices entonces al oído?
Para alumbrar el tránsito medroso
y á tus reinos felices
abrirnos el camino luminoso,
¿qué nos dices, Dios mío, qué nos dices?

¡Oh, Tú sabes morir! Tu acerbo llanto
bañó de los olivos las raíces
en la funesta noche aterradora,
cuando gimiendo, trémulo de espanto,
piedad pedías á tu Padre santo
del ocaso á la aurora.
Desde la cumbre de la cruz el triste
misterio de la muerte claro viste,
contemplaste á tu Madre sin consuelo,
temblando el mundo, y enlutado el cielo;
y al caer sobre ti la sombra oscura
dejaste cual nosotros—¡suerte dura!—
á tus amigos en el bajo suelo;
y tu cuerpo en la negra sepultura.

¡Oh Dios!, por la memoria de aquel día,
permite que en tu seno mi agonía
halle el consuelo de sus penas graves;
y cuando exhale mi postrer aliento,
recuerda tu suplicio y tu tormento,
¡oh Tú, que morir sabes!
En tu imagen sagrada
el sitio buscaré donde angustiada
ella exhaló la eterna despedida,
y bajará del cielo su alma pura
para llevar mi espíritu á la altura
donde gocemos la perpetua vida.
¡Ojalá entonces, junto al triste lecho

vea yo melancólica figura,
 cual ángel amoroso y resignado,
 que recoja, inclinándose, en mi pecho
 el fúnebre legado!
 Él, cuando llegue su postrer instante,
 dé también á su espíritu anhelante
 la paz que el justo alcanza,
 y uniendo en la aflicción seres queridos,
 como prenda de amor y de esperanza,
 pase de mano en mano entre gemidos;
 hasta que, estremeciendo
 las tumbas, suene con fatal estruendo
 la voz que ha de anunciar la última hora,
 y al clamor, siete veces repetido,
 despierten del reposo y del olvido
 todos los que á la sombra bienhechora
 de la sagrada Cruz se hayan dormido.

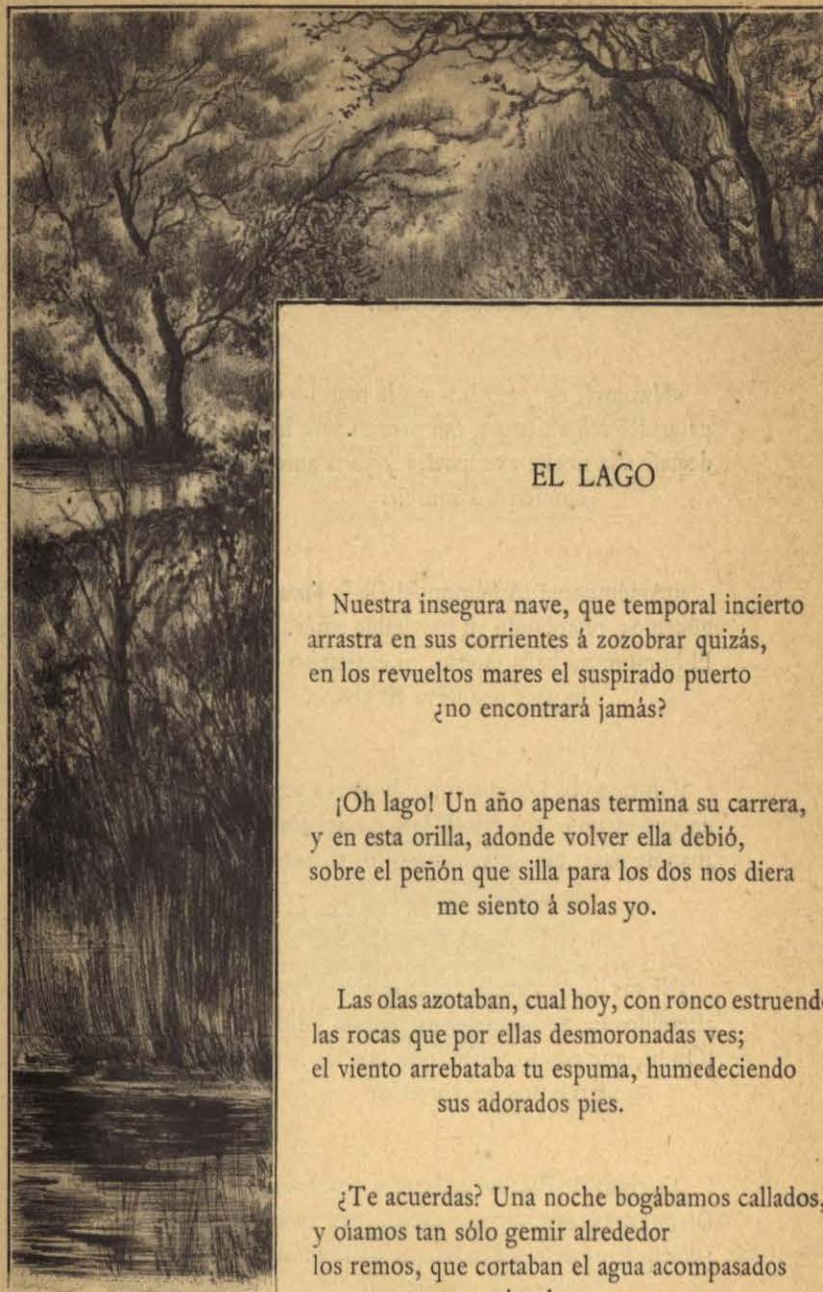
LA VENTANA DE LA CASA PATERNA

Sobre el albergue en que á la luz nacimos,
 sus brazos una vid tendió lozana;
 los pájaros del cielo sus racimos
 venían á picar á la ventana.

Nuestra madre, extendiendo ansiosas manos,
 las ramas acercaba; nos ponía
 en el labio infantil los dulces granos,
 y á las aves después los devolvía.

Faltó la madre; el coro de las aves
 voló; la vid, en el inculto huerto,
 muere; y vencido por mis penas graves,
 yo gimo y lloro en el hogar desierto.

Amarillenta vid, que lisonjeras
 me traes memorias de la infancia pura,
 amarillenta vid, antes que mueras,
 sombra te pedirá mi sepultura.



EL LAGO

Nuestra insegura nave, que temporal incierto
 arrastra en sus corrientes á zozobrar quizás,
 en los revueltos mares el suspirado puerto
 ¿no encontrará jamás?

¡Oh lago! Un año apenas termina su carrera,
 y en esta orilla, adonde volver ella debió,
 sobre el peñón que silla para los dos nos diera
 me siento á solas yo.

Las olas azotaban, cual hoy, con ronco estruendo
 las rocas que por ellas desmoronadas ves;
 el viento arrebatava tu espuma, humedeciendo
 sus adorados pies.

¿Te acuerdas? Una noche bogábamos callados,
 y oíamos tan sólo gemir alrededor
 los remos, que cortaban el agua acompasados
 con trémulo rumor.

Y despertó de pronto los ecos adormidos
 voz celestial, cual nunca se oyó sonar allí;
 y aquella voz, que fuera tan dulce á mis oídos,
 tan dulce, dijo así:

—«Tiempo, suspende el vuelo; tened, horas propicias,
el fugitivo curso, tan breve á nuestro amor;
dejad que nos otrezca sus últimas delicias
nuestro día mejor.

»Bastantes desgraciados os llaman y os imploran;
para ellos, presurosas y rápidas volad;
llevaos los afanes que amargos los devoran,
y al dichoso olvidad.

»Mas ¡ay!, en vano intento la marcha voladora
parar del veloz tiempo, tan pronto para huir;
deciale á la noche «ve lenta,» y ya la aurora
comienza á sonreir.

»¡Amémonos! ¡Amémonos! De la hora pasajera
gocemos, retardando su inevitable adiós.
El hombre no halla puerto, ni el tiempo halla ribera;
huye y nos lleva en pos.»

¡Oh tiempo! Los instantes de goces y alegrías,
en que el amor nos brinda la copa del placer,
¿han de pasar tan breves como los tristes días
de acerbo padecer?

¿Ni sus ligeras huellas fijar nos será dado?
¿Perdidos en tus sombras sin renacer jamás?
¡Oh tú, que nos los diste, que nos los has quitado,
¿no nos los volverás?

¡Eternidad! ¡Pasado! ¡Abismos tenebrosos!
De nuestras leves dichas, decid, ¿qué es lo que hacéis?
¿Por qué los dulces éxtasis que hiciéronnos dichosos,
volvemos no queréis?

¡Oh lago, rocas, grutas, selvas, campos amenos,
que, renovado siempre, lucís vuestro esplendor!
De aquella feliz noche guardad, guardad al menos,
recuerdo halagador.

¡Guárdalo, lago hermoso, en tus embates rudos,
en tu apacible calma, de encanto sin igual,
en los abetos negros que se contemplan mudos
en tu limpio cristal!

¡En la ondulante brisa que pasa y que se aleja,
en las lejanas voces que suenan á la vez;
en la argentina luna que en ti vierte y refleja
su vaga palidez!

Y el viento que solloza, la caña que suspira,
el perfumado ambiente, tan dulce de gozar;
¡oh lago!, todo cuanto se ve, se oye ó se aspira,
cual una voz, «amáronse» repita sin cesar.

